

II. ARTÍCULOS

Pedagogía social y transformaciones societarias (el desarrollo de las sociedades en A. Touraine)

POR

J. Alfonso GARCÍA MARTÍNEZ

INTRODUCCIÓN

Se hace cada vez más preciso, vista la gran capacidad de cambio imprimido por los avances tecnológicos a las sociedades humanas (con la consiguiente modificación estructural de los ritmos de evolución histórica), retomar el análisis para intentar dar cuenta de las modificaciones socio-históricas sobrevenidas y elaborar a continuación los elementos más adecuados para la intervención social sobre bases adecuadas.

Esta tarea se presenta con un mayor carácter de urgencia a aquellos que desde la Pedagogía Social se ven confrontados a una ardua labor de intervención socioeducativa. En gran medida, esa tarea es posible considerarla como la consecuencia de esas mismas modificaciones sobrevenidas, al menos en bastantes aspectos. Es posible que al hacerlo podamos encontrar vías que permitan escapar de las redes tendidas para que esa labor se ajuste a los propósitos de integración y de recuperación de la marginalidad y de la contestación. Propósitos avalados por la cobertura del cientifismo.

A este respecto, los elementos teóricos elaborados por A. TOURAINE en el campo de la *sociología de la acción* constituyen una aportación nada despreciable y que merece ser

conocida en profundidad por los pedagogos que intentan sustraerse al dilema que subyace a la intervención pedagógico-social.

No se nos escapa la dificultad de, en el marco de un artículo, abordar todas las dimensiones de una aportación determinada. Por esta razón vamos a concretar nuestro esfuerzo en el análisis sociológico referente al *desfase creciente* que se produce entre los avances tecnológicos y el desarrollo de las sociedades humanas, incluidas aquellas que los producen. A partir de ahí podemos empezar a apreciar los cambios sobrevenidos en tales sociedades y cómo inciden en la intervención sociopedagógica, estableciendo los términos en que se han producido esas modificaciones y cómo pueden afectar al futuro desarrollo de las sociedades en las que nos toca vivir.

Las páginas que siguen constituyen, pues, un intento de elaboración de un esquema de desarrollo en nuestras actuales sociedades, siguiendo la orientación que proporciona la definición dada por GODELIER (1971) para quien los *esquemas evolutivos* (*) son:

«Edificios de hipótesis de trabajo, ligadas a un estado del conocimiento y de la realidad, a la vez que punto de llegada de la reflexión teórica y de partida para descifrar más adelante la infinita variedad de la historia concreta. Es al nivel de ésta, que los esquemas hipotéticos dan prueba de su verdad. Ahí debe terminar la tentación perpetua de transformar la hipótesis en dogma, una verdad que debe ser comprobada en una evidencia que no hay que verificar, y que puede, soberbia, reinar a priori sobre los hechos» (1).

Con este ánimo iniciaremos la exposición de los elementos sociológicos que permitan alcanzar un aceptable grado de corroboración para las hipótesis que avancemos.

CAMBIOS EN LA SOCIEDAD

Los procesos de desarrollo, siendo desiguales en el conjunto del orbe como lo han sido históricamente, no pueden dejar de acaparar nuestra atención en cuanto atañen a los países desarrollados, puesto que son al mismo tiempo los que constituyen la referencia de los

(*) Utilizaremos el término no como "progresión hacia niveles superiores", sino como mecanismo de tránsito. Con Touraine, preferimos el vocablo desarrollo que no incorpora elementos teleológicos implícitos. Sin embargo, su utilización es posible con este matiz que indicamos.

(1) GODELIER, Maurice: *Esquemas de evolución de las sociedades*. Ed. M. Castellote, Madrid, 1971. p. 17.

cambios que pueden producirse en las sociedades periféricas y son los núcleos tecnológicamente más evolucionados.

Insistimos en que determinar en qué sociedades nos encontramos es el paso previo necesario a nuestra labor socio-pedagógica si pretendemos evitar tanto una actuación integradora como incurrir en planteamientos ahistóricos. Es posible que esto no sea absolutamente imprescindible para andar, pero si no queremos ir avanzando a tientas habremos de convenir que establecer marcos de análisis es un trabajo ineludible e impostergable. Lo contrario supondría colaborar objetivamente a facilitar la permanencia irreflexiva del dato social.

Sin atrevernos a llegar a la tajante conclusión que Touraine avanza sobre que es en el momento histórico presente cuando «comienza en realidad la historia social de sociedad» (2), si podemos conceder que las sociedades avanzadas han entrado en una nueva fase de la dinámica histórica y que los actores sociales fundamentales de la anterior fase están viendo desplazada su posición central en la escena social por parte de nuevos actores que, a través de sus manifestaciones, permiten vislumbrar nuevos campos de acción histórica.

Dicho de otro modo, estamos asistiendo a un cambio de sociedad y éste lleva parejo el cambio de los actores sociales fundamentales en la arena histórica.

Este proceso histórico de mutación social no podemos considerarlo como un proceso simultáneo y parejo. Antes al contrario, se trata de un desarrollo desigual que afecta diferentemente a las sociedades incursas en distintos grados de desarrollo histórico. Este fenómeno es una herencia que la sociedad capitalista industrial ha legado a las nuevas sociedades que apuntan en el horizonte de nuestra historia.

Hecho éste que nos confronta abiertamente con la consideración de diversos niveles de desarrollo y con el análisis de la acción de las fuerzas sociales que luchan por el dominio de la escena histórica.

SOCIEDAD INDUSTRIAL Y SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

La tesis del cambio histórico supone, lógicamente, el establecimiento de los mojones del tránsito que se produce y, a nivel sociológico, el alumbramiento de categorías contrastables de dicho proceso. Así los efectúa de modo consecuente el análisis tourainiano al concretar y contrastar la función de dichas categorías en uno y otro tipo de sociedad.

De este modo, la definición de la sociedad industrial y de la sociedad post-industrial (o

(2) TOURAINE, Alain: *La voix et le regard*. Ed. du Seuil. Paris, 1978. p. 10.

programada) permitirá establecer, por un lado, las diferencias fundamentales entre ellas y, por otro, determinar el recorrido efectuado en el proceso transicional. La sociedad industrial «que debe ser definida, como toda sociedad histórica por la relaciones de producción antes que por las técnicas que aplica» (3) estaría caracterizada por las siguientes notas diferenciadoras:

a) Su basamento se ubica en la capacidad de posesión y dominio del «amo de la industria» sobre el trabajo asalariado. Así, se trate de un régimen capitalista o de un régimen colectivista, el tipo de dominación de clase ejercida por los que detentan la capacidad de dirección de la producción es de tipo tayloriano.

b) La determinación de ritmos en el lugar de la producción es la que confiere la ubicación de la conciencia y los conflictos de las clases sociales.

c) Las inversiones fundamentales en este tipo de sociedad se establecen, por tanto, en el terreno de la organización del trabajo.

Por el contrario, y siguiendo el paralelismo con las notas de la sociedad industrial, la sociedad post-industrial atiende a los rasgos distintivos que apuntamos:

a) La dominación de clase se centra en la *gestión* de los aparatos de producción y de información que son los que, mediante su control, determinan la capacidad de actuación sobre la vida social y su organización.

b) La respuesta de clase a este tipo de dominación no puede situarse en un solo ámbito, más o menos preciso, como sucede en la sociedad industrial, sino que debe abarcar todos los *niveles* en los que aquélla se manifiesta.

c) En la sociedad post-industrial, por tanto, las inversiones centrales se producen a un nivel distinto: el de la gestión de la producción.

En palabras de Touraine, «ya no es la lucha del capital y del trabajo en la fábrica lo que es esencial, sino la que desarrollan los aparatos y usuarios, consumidores y habitantes, definidos menos por sus atributos específicos que por su resistencia a la dominación de esos aparatos» (4).

La extensión a todos los terrenos de la actividad social, más allá de la esfera productiva, de los conflictos de clases sociales es un indicador fundamental de la diferencia entre un tipo histórico de sociedad y otro, entre la sociedad industrial y la post-industrial. Diferencia que no supone *necesariamente* la liquidación de un tipo de sociedad de modo total y completo y la aparición *ex novo* del otro. La pervivencia de uno en otro, con sus acomodaciones y reminiscencias no debe extrañar a quienes comprendan cómo en la so-

(3) *Ibidem*, p. 16.

(4) *Ibidem*, p. 16.

ciudad industrial han pervivido elementos de otras sociedades históricas desplazadas de su papel central en la historia por aquélla. Por ese motivo la aparición de los signos característicos de las sociedades post-industriales no implica de manera necesaria el establecimiento definitivo de éstas; ni la presencia de características de las sociedades industriales supone la no existencia del *tránsito* hacia aquéllas. Lo que sí indican es que el camino hacia la sociedad post-industrial está, como mínimo, avanzando.

El tránsito que reseñamos tampoco significa que, automáticamente, haya prescrito la capacidad de actuación histórica de la clase obrera, sino que su papel central es el proceso de creación de un campo de historicidad diferente se ha visto desplazado al producirse su integración política e institucional en los sistemas dominantes.

Sin embargo, Touraine, en la línea de las últimas elaboraciones de Marcuse sobre la sociedad post-industrial, desconfía de la capacidad de la clase obrera como portadora de soluciones de recambio a la sociedad burguesa. La lucha de clases, que en modo alguno remite, traslada su campo de actuación social a un nuevo medio topológico, el conjunto de la sociedad, donde apuntan los elementos alternativos capaces de transformaciones sociales: los *movimientos sociales*.

En la apreciación del cambio de agentes históricos podemos diferenciar dos factores determinantes:

a) La constatación del fracaso a nivel global de los logros de la acción revolucionaria de la clase obrera tras la conquista del poder (países del denominado «socialismo real»). Constatación que es un hecho probado a partir de los procesos sociopolíticos *manifiestos* a los que actualmente asistimos.

2) El abandono de la referencia a la dominación de clase en función de la ubicación en el proceso productivo, en beneficio de la posición relacional con los «especialistas» de la gestión.

Por lo tanto, no es solamente que la «emancipación humana no puede basarse ya en el proletariado», tal y como sintetiza la cuestión E. Mandel (5) sino que la experiencia histórica de las manifestaciones concretas ha repelido la imagen de su actividad «liberadora» hasta transformar en una auténtica debacle su experiencia histórica.

Y, además, no será exclusivamente ni siquiera preponderantemente desde el terreno de la producción de donde partirán las futuras luchas por marcos históricos de referencia distintos a los estipulados por las sociedades industriales, ya sean capitalistas o post-revolucionarias, sino desde el terreno de la gestión de la producción.

(5) MANDEL, Ernest: «Marx y el porvenir del trabajo humano», en *IMPRECOR*, n.º 50. Madrid, octubre de 1986.

Así, el enfrentamiento con las secuelas de la lógica de la sociedad industrial ha ampliado considerablemente los frentes de lucha social al transportar la lucha de clases al conjunto de las relaciones sociales, más allá de los estrictos marcos de la producción.

De este modo, las luchas por el espacio social o campo de historicidad serán, en opinión de Touraine, «Luchas propiamente sociales que pongan directamente en cuestión una relación social, porque ya no pueden defender un oficio, un status, una comunidad» (6) y, como ya hemos apuntado, serán igualmente «luchas generalizadas puesto que un número rápidamente creciente de actividades sociales están gobernadas por grandes aparatos de gestión y de información» (7).

Históricamente, las luchas sociales han estado polarizadas por la incidencia en los terrenos políticos y jurídicos; en la sociedad industrial su motor ha sido la «situación económica de los trabajadores y las relaciones laborales» (8). En el marco de la sociedad post-industrial o programada las luchas sociales

«aparecen donde quiera que un aparato dirigente organiza la demanda tanto como la oferta y modela de este modo las conductas sociales y culturales. Ésta es la razón por la que la defensa contra estos aparatos no se efectúa ya en nombre de los derechos políticos o de los derechos de los trabajadores sino en nombre del derecho de una población a elegir un modo de vida en nombre de su capacidad política que, a menudo, se denomina autogestión» (9).

Aunque Mandel manifiesta su oposición a este análisis cuando afirma que

«únicamente la clase obrera adquiere por su lugar en la producción capitalista y en la sociedad burguesa las «cualidades positivas», es decir, la capacidad de una (auto)organización masiva, de solidaridad y de cooperación en gran escala, que son las precondiciones a una solución socialista de la crisis de la humanidad» (10),

llega a una conclusión parecida al apuntar que la ruptura de la lógica productivista supone

(6) TOURAINE, A.: *Op. Cit.* p. 16.

(7) *Ibidem*, p. 16.

(8) *Ibidem*, p. 16.

(9) *Ibidem*, p. 16.

(10) MANDEL, E.: *Op. Cit.* p. 8.

«una organización del trabajo basada en la cooperación y la solidaridad con vistas al interés común, es decir, al socialismo democráticamente autogestionado» (11).

Aparte de las diferencias semánticas aparece en ambos análisis una similitud de propósito, si bien la diferencia real estriba en la capacidad adjudicada al movimiento obrero como agente histórico social. Quizá Mandel no extraiga todas las consecuencias posibles de su análisis del capitalismo tardío.

En cualquier caso, lo realmente importante es repercutir el hecho de la incidencia generalizada de la acción política en todos los aspectos de la vida social «desde la atención médica a la sexualidad; desde la educación a la producción de energía» (12), lo que es tanto como decir que toda la sociedad está afectada por ella.

EL CREPÚSCULO DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

Que nuestras sociedades aparezcan en un estado de continua transformación es un hecho que a nadie puede sorprender. Sin embargo, extraer las conclusiones pertinentes ya no parece convenir a todos. Touraine distingue a tal efecto la riqueza conceptual que entraña este sentido del desarrollo de la sociedad, encuadrándola en dos órdenes de relaciones sociales superpuestas.

En primer lugar, cabe hablar de *relaciones de producción* social, es decir, relaciones caracterizadas por enfrentamientos de las clases por el control social de la historicidad, esto es, del desarrollo histórico de una sociedad; y que se manifiestan en el transcurso de las luchas de clases y en las negociaciones políticas entre las mismas. Estas relaciones de producción son las que inciden positivamente en el desarrollo socio-histórico.

En segundo lugar aparecen las *relaciones de reproducción*, consideradas como las que oponen a los que dominan la esfera del orden social y a los que defienden su autonomía profesional y cultural. Este enfrentamiento, típico de países dependientes y autoritarios, conduce a crisis y rupturas sociales que, sin embargo, no modifican el equilibrio social y cultural, permitiendo únicamente la sustitución de un sector social dominante por otro que le sucede, pero manteniéndose en el mismo nivel de desarrollo histórico.

Si bien uno y otro tipo de relaciones están presentes en nuestras sociedades, en las sociedades post-industriales predominan las relaciones de producción, que constituyen una característica esencial de las mismas. Así, la búsqueda de la transformación social más que de la consecución de equilibrios será un rasgo definitorio de la nueva sociedad.

(11) *Ibidem*, p. 15.

(12) TOURAINE, A.: *Op. Cit.* p. 16.

Que esta situación no deje de chocar lo refleja Touraine del siguiente modo:

«Los nuevos movimientos sociales rechazan, a menudo, las orientaciones culturales de la sociedad industrial; sin embargo, no se desarrollan más que cuando combaten las nuevas formas de crecimiento en lugar de recurrir únicamente a la defensa de equilibrios en peligro. Seguramente, nosotros somos, cada vez más, responsables de equilibrios naturales que nuestra producción trastoca y corre el riesgo de destruir, pero es artificial oponer una sociedad que acepta su nicho en un ecosistema a una sociedad devastadora. Todas las sociedades históricas han transformado sus relaciones con su entorno; es la definición misma de su historicidad. Igualmente todas han tenido que insertarse en ciertos equilibrios naturales. /.../ Nosotros somos responsables de la naturaleza y debemos respetar la interdependencia de sus elementos, lo que es más difícil y debe realizarse más conscientemente que es el pasado; pero no por ello estamos menos comprometidos en la creación de una sociedad programada, sobrepasando la sociedad industrial, bien porque entremos por nuestro propio pie, bien porque, rechazándola o siendo incapaces de conseguirlo, entremos como los servidores o los colonizados de nuevos amos. La razón por la que el problema central de nuestras sociedades es y sigue siendo la producción de ellas mismas, mediante el trabajo, es por la que las relaciones entre las clases y los movimientos sociales deben situarse cada vez más en el centro de nuestro análisis» (13).

Por lo tanto, la determinación de pautas de desarrollo habrá de situarse, como apuntábamos, en la aparición de elementos sociales productores de nuevos campos de historicidad —clases y movimientos sociales— que trasciendan los marcos de reproducción de las sociedades establecidas. Las condiciones sociales parecen estar maduras para ello. El tema de la acción social será, pues, el de desentrañar y apostar por el desarrollo de las relaciones de producción social, superadoras de la mera reproducción en un ámbito histórico de *consciente* respeto y defensa del hábitat ecológico.

SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL Y ESTADO

No pretendemos descubrir nada si decimos que un elevado porcentaje de la investigación sociológica contemporánea, siguiendo los pasos tanto de los trabajos de Marx o Lenin

(13) *Ibidem*, pp. 17-18.

como los de la Escuela de Frankfurt o los de desarrollos de Weber o Parsons, ha versado sobre el papel jugado por el Estado en la sociedad. Sólo lo constatamos.

La inversión histórica de los postulados marxistas producida por la dominación estatal en los países mal denominados del «socialismo real» ha creado una auténtica ilusión acerca de la capacidad dominadora de éste en nuestras sociedades actuales. Por el contrario, si bien es cierto que su papel en determinadas sociedades ha sido y es determinante, aunque sólo fuese como punto de partida, no lo es menos que el análisis no ha versado sobre las contradicciones cada vez mayores a las que dichos estados se enfrentan ni a la identificación de sus elementos, fuertemente disgregados.

Esta disgregación, es decir, la falta de unificación de lo que se denomina como Estado es ciertamente muy superior en las sociedades capitalistas avanzadas. Varios procesos concomitantes apuntalan este aserto:

a) En primer lugar, asistimos a una progresiva ruptura de los marcos nacionales de toma de decisión en favor de la asunción del papel conductor por parte de grupos de corte pluri o multinacional que son quienes, con mayor frecuencia, toman las decisiones a aplicar por todos los Estados afectados.

b) En segundo lugar, el Estado Nacional, se sitúa como el agente tecnocrático de dichas agrupaciones transnacionales que se configuran como los auténticos centros de decisión.

c) En tercer lugar, en el campo de las relaciones sociales asistimos a un proceso de creciente autonomía de las relaciones sociales de producción —no limitadas tampoco a la esfera nacional— frente a las relaciones políticas entre el Estado y sus ciudadanos, singularmente marcadas por la ruptura del marco geográfico nacional.

Este *proceso* persiste en la medida en que es cada vez más fuerte el cuestionamiento de los límites políticos de la sociedad con la incorporación de las luchas sociales como componente fundamental de la lucha por el control histórico y cultural de la sociedad.

Lo que no supone que su papel como actor social desaparezca. El Estado sigue siendo un actor fundamental en la sociedad y con respecto a él se elaboran los proyectos de cambio social, dado que «en todas las sociedades es un conjunto de nexos establecidos entre los sistemas que constituyen la sociedad» (14). Si bien se trata un actor situado en las antípodas de los movimientos sociales: la acción del Estado se sitúa en el terreno nacional, mientras que la acción del movimiento social no está definida por su pertenencia a una colectividad nacional sino por un sistema de acción histórica y por unas relaciones de clase. Para Touraine,

(14) TOURAINE, Alain: *Introducción a la Sociología*. Ed. Ariel. Barcelona, 1978 p. 100.

«Vivimos el tránsito de la sociedad industrial a la sociedad programada y con él la decadencia de un cierto tipo de relaciones y de conflictos de clase y el nacimiento de una generación de movimientos sociales» (15).

Así, el momento histórico social es el de una remodelación del tipo de sociedad que supone un cambio sustancial en el modelo de las relaciones sociales de producción específicas de la sociedad industrial.

Un poco más adelante trataremos de su repercusión en la caracterización de los agentes históricos. De momento podemos constatar que la contradicción inherente al sistema industrial, es decir, la existente entre la internacionalización de un tipo de relaciones de producción determinado y la existencia de fronteras nacionales no ha sido *aún* resuelta. En nuestra opinión se trata de un proceso histórico inconcluso y que es necesario seguir atentamente para determinar qué elementos de su evolución marcan un punto de inflexión históricamente decisivo. No obstante, la persistencia de la misma no invalida al fenómeno del tránsito societario en modo alguno.

Como no ocurre en ningún modelo histórico de tránsito de una sociedad a otra, tampoco «la sociedad programada (no) reemplaza a la sociedad industrial como un decorado teatral sustituye a otro» (16). Antes al contrario, en las épocas de transición histórica se yuxtaponen los elementos característicos de una y otra forma de sociedad; yuxtaposición que deberá saldarse con el predominio de un modelo sobre otro, sin que haya que suponer que ese predominio será de tipo epifenoménico. La acción consciente no podrá estar ausente del campo de la lucha social. Tal como Touraine nos lo indica,

«entre dos tipos de sociedad se interponen situaciones de transición, de crisis y de descomposición de la acción colectiva. El método de la intervención sociológica tiene como objeto estos diversos significados de las luchas sociales actuales, con el fin de hacer aparecer sobre los más diversos terrenos el nuevo movimiento social que mañana desempeñara el papel principal, que en la sociedad industrial ha desempeñado el movimiento obrero. Un movimiento social tal, que no puede ser reducido a la lucha contra las contradicciones o a una acción al servicio de una evolución natural y necesaria, opone una voluntad de autogestión a una gestión de tipo tecnocrático, por lo tanto un proyecto de sociedad a otro, en lugar de reclamarlo a través de una ruptura con una trascendencia

(15) TOURAINE, Alain: *La voix et le regard*, Op. Cit. p. 19.

(16) *Ibidem*, p. 20.

o con un poder post-revolucionario. En una sociedad que, por primera vez, puede ser concebida como el fruto de su intervención sobre sí misma, los conflictos sociales ya no tienen otra base ni otros objetivos que la lucha de las fuerzas sociales por el control de la historicidad, de la acción de la sociedad sobre sí misma. Por vez primera los movimientos sociales se transforman en los actores principales de la sociedad, lo cual, ..., no debe hacer olvidar la importancia constantemente esencial de los problemas del Estado, de las políticas de desarrollo y de las relaciones internacionales. En nuestro modelo de sociedad los movimientos sociales son más que nunca los principales agentes de la historia» (17).

La aparición de estos movimientos sociales con capacidad de intervención autónoma será, no obstante, posible solamente en países no dependientes de modo directo de una potencia colonizadora y en los que la explotación económica se fundamente en una dominación tecnocrática multiforme. No lo será, por tanto, en países colonizados y autoritarios en los que los movimientos sociales se ven impelidos en la lucha contra el expolio y contra el Estado autocrático o contra la colonización exterior. Lo que, obviamente, les desvía de su objetivo central: conseguir un marco autónomo de acción para el control de la historicidad.

En este complejo panorama de transición, donde se yuxtaponen y mezclan los remanentes sociales de otros modelos de sociedad, no podemos sino admitir que los procesos histórico-sociales concretos aún no aparecen sino esbozados en el panorama histórico. Lo que, por otra parte, no invalida en un ápice ni su aparición ni su futuro desarrollo, como no lo ha hecho en los países más desarrollados de la sociedad industrial:

«Los principales países capitalistas, sociográficamente, son aún sociedades industriales en las que subsisten incluso amplios sectores pre-industriales, comerciantes, que disponen aún de una influencia política considerable. Este desnivel explica que el tránsito de un tipo de conflictos y de movimientos sociales a otro no se produzca rápida y sencillamente» (18).

(17) *Ibidem*, pp. 19-20.

(18) *Ibidem*, p. 21.

DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL A LA SOCIEDAD PROGRAMADA

En este complicado proceso, como todo proceso histórico humano, Touraine distingue varias fases que por un lado anuncian y por otro prefiguran la sociedad post-industrial. Cada una de estas etapas precede y se combina con las que le siguen, si bien podrían ser aceptadas incluso en su orden cronológico.

La primera de estas fases está caracterizada por la decadencia de los antiguos movimientos sociales en el campo de la acción histórica y singularmente por la pérdida por parte del movimiento obrero de su papel central como motor del desarrollo social.

No se trata, como indica Mandel (19) en su refutación de Gorz, Dahrendorf y otros, de negar que la clase obrera sea estadísticamente el elemento numérico determinante en la sociedad, incluso si se admite su definición «objetiva» de clase obrera que incluye asalariados productivos e improductivos, obligados a vender su fuerza de trabajo, y a los parados, sino de determinar si la clase obrera ocupa en la sociedad post-industrial el papel de «locomotora» de cambio social.

En la sociedad post-industrial el conflicto industrial no ha desaparecido, sino que se ha desplazado; dado que no es el conflicto entre trabajador y dueño de la organización industrial el fundamental, sino el que enfrenta a los aparatos de dominación y a la población dominada. Pero, aunque las relaciones de clase de la sociedad industrial no desaparecen al hacer su aparición las específicas de la sociedad programada, los conflictos que de aquélla se derivan son institucionalizados de forma progresiva:

«Esta institucionalización de los conflictos de trabajo que transforma al movimiento obrero en una fuerza propiamente política, le ha hecho perder su papel de movimiento social central pero le ha conferido una importancia creciente en la vida nacional. No se trata por tanto, *en modo alguno*, de hablar de desaparición del sindicalismo o de la clase obrera; pero la experiencia vivida del trabajo obrero y la conciencia de clase misma *se transforma cada vez más con mayor dificultad en acción de clase*» (20).

La apreciación que acabamos de exponer no se reduce, desde luego, a las sociedades industriales capitalistas. En las sociedades post-revolucionarias la situación del movimiento obrero, por causa de otros factores ciertamente, «ha conocido una decadencia mucho más brutal...», donde se ha convertido en parte componente del aparato de Estado, a pesar de

(19) MANDEL, E.: *Op. Cit.* p. 4.

(20) TOURAINE, A.: *La voix et le regard*, *Op. Cit.* p. 34. Subrayados nuestros.

algunas efímeras tentativas de crear consejos obreros y de la excepción más importante de la autogestión yugoslava» (21).

Atrapado de este modo por su integración política en las instituciones representativas de los países capitalistas y por su absorción por parte del aparato estatal en las sociedades post-revolucionarias, el movimiento obrero no puede sino perder su capacidad como principal agente de la lucha de clases; se ha visto convertido en un apéndice de los instrumentos de dominación política en uno y otro tipo de sociedad industrial. Su plaza central en el terreno de la lucha social ha quedado, pues, vacante. Ahora bien, ¿quién es o será el sustituto del movimiento obrero en ese sitio histórico?

Para Touraine, la respuesta es clara: los nuevos movimientos sociales, a pesar de que aún no estén en condiciones de dotarse de un modo de expresión política e ideológica global que les haga capaces de servir, también en ese terreno, de alternativa al movimiento obrero. Su posición aparece, pues, inestable pero no por ello impotente:

«Fundamentalmente los nuevos movimientos o bien apelan contra las instituciones políticas por medio de la experiencia vivida, de los sentimientos, de la espontaneidad, o bien se encuentran paralizados por las categorías políticas o ideológicas del viejo movimiento obrero que sigue utilizando y que ya no corresponden a sus acciones» (22).

Lógicamente, la capacidad sustitutoria del movimiento obrero como agente central por los nuevos movimientos sociales no viene dada por factores de orden objetivo. En Touraine se produce una reinterpretación del concepto de *clase social*, es decir, del elemento subjetivo de la historia. En su opinión, la historia no está determinada por factores de orden objetivo sino por las relaciones de fuerza entre las clases productoras de la historicidad: clase dirigente y clase popular. «La clase obrera no es una mercancía... es un actor de la historia», afirma. Aunque, eso sí, un actor recuperado por el sistema.

La *segunda fase* transicional está dominada por la crisis cultural generalizada de la sociedad industrial y puede ser ejemplificada por la crisis del modo de conocimiento industrial. En efecto, para éste la historia era conducida no por la acción humana, que a lo sumo permitiría adelantar el proceso, sino «por las leyes de la evolución hacia una mayor complejidad, racionalidad y dominio sobre la naturaleza» (24).

(21) *Ibidem*, p. 23.

(22) *Ibidem*, p. 24.

(23) *Ibidem*, p. 49.

(24) *Ibidem*, p. 25.

La sociología ha estado durante ese proceso, en su opinión, a punto de desaparecer con las ruinas del funcionalismo, del economicismo y del evolucionismo. Solamente su recuperación por el *paradigma de la acción* le ha permitido salvarse de la catástrofe epistemológica:

«Cuando se alcanza el nivel más alto de la historicidad, la producción de la sociedad por ella misma, la representación evolucionista es reemplazada por otro medio de conocimiento, por la idea de que la sociedad es un sistema capaz de producir, de generar sus propias orientaciones normativas en vez de recubrirlas de un orden o de un movimiento que las trasciende, se le llame Dios, Espíritu o Historia» (25).

Ninguna categoría trascendente, ni generadora (evolucionismo), ni determinante (economicismo), ni finalista (teleología), puede tener cabida en la explicación sociológica. Las sociedades serán, en última instancia, lo que los actores sociales —clases y movimientos sociales— quieran o puedan conseguir. Ningún determinismo, ni material ni espiritual, tiene ya patente de curso en la explicación del desarrollo socio-histórico. Y la humanidad sólo generará aquello que la capacidad de sus componentes permita.

Así, a las modificaciones que la evolución (en el sentido indicado en (*)) social introduce en el modo de conocimiento hay que adjuntar las realizadas en el *pattern* de la cultura.

«Es decir, en la imagen que se forma una sociedad sobre su capacidad de crear, imagen que se concreta en el fundamento de la moralidad. Para la sociedad industrial la creatividad sigue siendo trascendente: las fuerzas de producción se desarrollan por encima de la sociedad. Ésta cree en el progreso, en el sentido de la historia, no como producto de las relaciones sociales sino como lo que permite juzgar a estas últimas. Por el contrario, nuestras sociedades no creen ya en el progreso; rechaza la creencia en la ciencia como instrumento de un poder liberador. Por contra, insiste sobre su *responsabilidad*, dado que son capaces tanto de destruirse como de transformarse y de enriquecerse. Se juzgan a sí mismas en términos propiamente sociales y políticos» (26).

La formación del nuevo modelo social cultural comporta dos elementos fundamentales que modifican e imanentizan el proceso social. A saber, la idea de *responsabilidad moral*

(25) *Ibidem*, p. 26.

(26) *Ibidem*, p. 26; subrayado nuestro.

en la generación del futuro por parte de la misma sociedad y la idea de su desarrollo mediante la puesta en pie de unas *nuevas formas de educación social*.

La responsabilidad moral significa la autorreflexión y la libre opción por la conquista de nuevos espacios de acción social así como el respeto por el medio cultural y natural en que dicha acción se ha de desarrollar; es la consecuencia de la inmanentización del proceso histórico.

Las nuevas formas de educación social son el soporte práctico que permite la modificación básica de las relaciones sociales, creando las condiciones para el desarrollo de las normas fundamentales asumidas con los nuevos movimientos sociales que apuntan hacia la sociedad post-industrial. Su desarrollo se verá favorecido por la acción pedagógico social en su más amplia acepción. Y sus resultados sólo serán históricamente evaluables cuando las luchas sociales permitan ofrecer un balance de sus efectos.

Las diferencias entre los modelos éticos de la sociedad industrial y los de la sociedad post-industrial son establecidas por Touraine de un modo singularmente preciso:

«La ética de la industrialización descansaba sobre lo que se ha dado en llamar satisfacción diferida (*deferred gratification pattern*): el esfuerzo, el trabajo debían buscar como recompensa un éxito o un beneficio que sólo vendría posteriormente. Por el contrario, la sociedad programada se piensa como una *red de relaciones* y las conductas que valora son aquellas que refuerzan la capacidad de comunicar antes que el esfuerzo por ahorrar e invertir. Esta transformación no debe confundirse con la simple descomposición de la antigua ética en beneficio de las satisfacciones inmediatas de consumo, pero sólo podrá desprenderse de ello cuando la nueva ética se haya encarnado en nuevas formas de educación» (27).

Que la aparición de estas formas de educación no es nada fácil puede comprobarse en la extrema separación que se produce en una cultura que se transforma a grandes pasos y una sociedad insuficientemente preparada para recibirlas. «Los canales de la sociedad ya no corresponden al contenido cultural que deben transportar» (28). Independientemente de las formas que revista la crisis cultural en cada sociedad o país, no por ello su presencia real es menor y, por ello mismo, no deja de reclamar nuevos conductos sociales por los que pueda libremente fluir, sin obstáculos que retrasen el nuevo modelo histórico de desarrollo socio-cultural.

(27) *Ibidem*, p. 27; subrayado nuestro.

(28) *Ibidem*, p. 27.

La *tercera fase* de tránsito societario la constituye el denominado «gran rechazo» que no es sino la manifestación práctica de la inadecuación ya señalada entre evolución cultural y retraso de la organización social que impide el amplio despliegue de las posibilidades contenidas en la nueva ética.

Sus manifestaciones son bruscas revueltas contra la sociedad, aún cuando el adversario no aparezca claramente delimitado, e incorporan una enorme carga individualista que se supone capaz de sustituir a la lucha de clases. Sin embargo, Touraine sostiene que:

«No es suficiente con atacar la propiedad o a la clase dirigente; es preciso acabar con la razón conquistadora y agresiva, con las ilusiones del crecimiento y de la industrialización. Este sentimiento —(el gran rechazo)— puede ser una etapa hacia nuevas acciones colectivas; pero conduce también de modo directo a la angustia del vacío social, al sentimiento de la destrucción de las relaciones sociales» (29).

Ello origina la *cuarta fase* del tránsito hacia la sociedad post-industrial: la contestación pura y el rechazo de una cultura y del Estado. Es, en concreto, como se traducen algunas manifestaciones de la denominada post-cultura o incluso de algunos intelectuales desilusionados que juegan a ser aprendices de brujo con un material que les desborda por completo. Los rasgos «espontaneístas» de su elaboración más bien revelan un pesimismo pseudo-anarquizante que una congruencia superadora. Su recuperación funcional por el sistema es una prueba concluyente de su vacuidad.

No obstante, su misión no es del todo estéril en tanto su aura de modernización cultural puede contribuir a reagrupamientos transitorios de crítica liberal al sistema, puesto que estos intelectuales «hablan en nombre de los que no tienen voz, de los que se ven privados de la capacidad de actuar» (30).

Lo característico, pues, de este gran rechazo es su ambigüedad, su indeterminación social. Sus portavoces son actores que contradictoriamente sirven al sistema y a la vez proporcionan elementos capaces de motivar reagrupamientos sociales contra aquel. Su manifestación social fundamental será un interclasismo transitorio y provisional que, al calor de la adquisición de la conciencia y la consolidación de los movimientos sociales, se extinguirá como un fuego fatuo.

(29) *Ibidem*, p. 29.

(30) *Ibidem*, p. 30.

«Hoy también, dice Touraine, estas campañas liberales reagrupan de manera frágil a aquellos que preparan así las luchas antitecnocráticas del porvenir, a los que rechazan determinadas instituciones que consideran como medios de manipulación o de represión generalizadas y también a aquellos o aquellas que forman la nueva élite dirigente y que reclaman mayor libertad cultural, como los burgueses y los industriales reclamaban al comienzo de la industrialización capitalista mayor libertad económica. Pronto estos aliados de un día o de una manifestación se separarán; pero hoy estas campañas liberales incluso cuando mezclan a una nueva burguesía con nuevos sindicalistas y nuevos anarquistas son importantes porque responden a un momento de la historia en el que el rechazo del pasado es más claro que la lucha por un futuro diferente» (31).

El refugio en grupos primarios comunitarios o *ilusión comunitarista* es lo que constituye la *quinta fase* de la transición. De modo sucinto, diremos que constituye una actitud diferente a la de la crítica contra la crisis cultural y del Estado. Consiste en un repliegue hacia instituciones elementales que proporcionan un escudo ante la incapacidad de asumir los enormes problemas socio-históricos. A la búsqueda de una entidad perdida se recluyen en las seguras aguas de un Leteo comunitario, aunque no por ello no ha de repercutir socialmente en las luchas futuras.

El giro naturalista incluso intimista no deja sin embargo, de tener su influencia como rechazo de determinados modelos de crecimiento económico y, a la larga, puede configurar una aportación, aún confusa hoy en día, al establecimiento de nuevos movimientos sociales, en especial al ecologista (caso de la posición de I. Illich).

La *sexta fase* en el largo y difícil parto de la sociedad post-industrial la constituye lo que Touraine ha dado en llamar la *esperanza populista*. La materialización sociológica de esta esperanza la constituyen los «grupos sociales en crisis (que pretenden) escapar a la ruptura y conseguir, reforzando su entidad colectiva, recuperar el control de su desarrollo» (32). Las características contradictorias de estos movimientos son patentes en tanto que, por un lado, se apoyan en concepciones históricamente sobrepasadas y, por otro, plantean la defensa de poblaciones desposeídas apoyándose en esas concepciones (nacionalistas, movimientos de inspiración cristiana); pero que por sus objetivos anti-imperialistas y anti-tecnocráticos aparecen como progresistas distinguiéndose de los movimientos retrogados de corte pujadista:

(31) *Ibidem*, pp. 30-31.

(32) *Ibidem*, p. 33.

«Mientras que los movimientos de tipo pujadista se vuelven hacia el pasado, el populismo, que es una componente importante de los movimientos regionales, combate el tradicionalismo y la vuelta al pasado; es modernizador pero rechaza el esquilamiento de una población y de un territorio dominados por un amo lejano... Es una corriente tumultuosa que arrastra, mezclándolas, las ideas del pasado y nuevas sensibilidades».

Llegamos así al último y más complejo de los eslabones de este difícil proceso que se resiste a un análisis rígido y esquemático. El *séptimo peldaño* que propone Touraine como mojón de reconocimiento de la sociedad post-industrial es la aparición generalizada y no siempre constatable en sus manifestaciones de las luchas anti-tecnocráticas.

La gestación y el reconocimiento de las mismas no es algo precisamente fácil, pues el sociólogo puede confundirlas sin dificultad con movimientos que constituyen «elementos de la ideología de la élite dominante cuyo principio fundamental siempre es el de la defensa de la libertad de innovar, de tomar iniciativas y, por tanto, de dominar contra lo que se resiste al cambio o defiende una adquisición y un trabajo» (34).

La captación en el proceso de tránsito del componente fundamental del desarrollo social puede, por tanto, aparecer mistificada por elementos sociales que distorsionan la apreciación sociológica. Sólo cuando al adversario al que se combate aparece localizado con claridad es posible determinar una categoría social emergente en el curso de las luchas sociales. Es decir, cuando lo que está en juego son relaciones sociales reales y no elementos que incuestionan el sistema de dominación social.

Sin embargo, en ese mismo campo social en transformación se encuentran movimientos que se sitúan, según Touraine, a medio camino entre los movimientos elitistas de liberación que acabamos de mencionar y las nuevas luchas sociales; son los movimientos de denuncia del poder que comportan un rechazo de «la imagen de la sociedad como sistema, como discurso o como represión» (35).

El papel social de estos movimientos se revela importante en la percepción de las luchas sociales, en especial porque permite al sociólogo entrever las posibles ubicaciones de las luchas sociales y, por tanto, de las posibles transformaciones sociales, es decir, el desmantelamiento de las categorías sociales de dominación, producto de una lenta construcción sociológica que debe tener en cuenta necesariamente estos movimientos de denuncia

(33) *Ibidem*, p. 33.

(34) *Ibidem*, p. 34.

(35) *Ibidem*, p. 34.

para avanzar en esa dirección analítica del poder dominante, cuya disección será la primera tarea a cumplir por la investigación sociológica. Dicho con las palabras de Touraine.

«La dominación social aparece perfectamente nítida en todos los dominios de la vida social, pero si el poder está en todas partes es que proviene de algún lugar concreto, de los grandes aparatos tecnocráticos, centros de dominación que constituyen la clase dirigente. Únicamente este reconocimiento de los centros de poder permite definir y prever los enclaves de la contestación y los campos donde se desarrollará el conflicto» (36).

El ejemplo de las luchas antinucleares podría servir para ilustrar esta posición al mostrar quién detenta el poder en un terreno en el que ninguna alternativa puede considerarse mejor que otra desde el punto de vista energético, pero donde las opciones revelan el contenido social y político de los intereses tecnocráticos.

En el horizonte de todas estas luchas se sitúa la perspectiva autogestionaria, como en la sociedad industrial lo fue la perspectiva de la justicia o la perspectiva de la libertad en las sociedades mercantiles. Como dice Touraine:

«El término mismo de autogestión, punto clave de estas nuevas luchas, como lo fue la justicia social de las luchas obreras y el de la libertad, el de los combates llevados a cabo contra la dominación política y económica en las sociedades mercantiles, contiene en sí mismo casi todos los significados. Es importante sobre todo cuando designa al enemigo principal de las fuerzas populares: la gestión tecnocrática y porque sitúa las luchas en su verdadero terreno; lo es igualmente porque afirma la capacidad de los movimientos sociales para orientar su propia acción, de autogestionarse, en vez de ser solamente una base o una correa de transmisión al servicio de fuerzas políticas. Pero, al mismo tiempo, reclama de un modo más reformista una ampliación de la democracia industrial...» (37).

La capacidad de los movimientos sociales para crear su propio campo específico de acción social, sin aparecer como correlatos de las orientaciones políticas, es un test decisivo a la hora de establecer su peso social y su capacidad de lucha autónoma por el campo

(36) *Ibidem*, p. 34.

(37) *Ibidem*, p. 35.

de acción histórica que le corresponde frente a las determinaciones del poder establecido. Lejos de formar un todo coherente, en la evolución hacia la sociedad post-industrial, los objetivos y materializaciones de la lucha de los movimientos sociales adquieren caracteres confusos de los que es preciso extraer el contenido transformador esencial. Esa tarea corresponde a la intervención sociológica. En la sociedad post-industrial, según Touraine, será una fracción de profesionales, en alianza con los que son rechazados hacia la periferia de los aparatos centrales, quien desarrolle estas luchas de carácter anti-tecnocrático, al igual que los obreros cualificados, apoyados en los no cualificados, lucharon en la sociedad industrial contra el capital. Éstos luchaban en nombre del trabajo productivo contra el despilfarro y la alienación capitalista; aquéllos lo hacen en nombre del conocimiento contra las opciones tecnocráticas:

«La formación de nuevos movimientos sociales no se reduce a la formación de nuevos temas reivindicativos o de protesta... En una sociedad en transformación las reivindicaciones toman en primer lugar la forma de protestas morales, de apelación a principios o necesidades, de utopías. Cuando se transforman en más políticas, buscando su camino a través de las instituciones, aliándose con otras fuerzas sociales y con agentes representativos, tomando a su cargo los problemas generales de la sociedad y en particular los de su gestión económica interna y los de su entorno internacional, es como se revela su naturaleza social» (38).

Sin embargo, la situación presente no supone que las luchas sociales en curso o futuras tengan asegurado el triunfo. La dicotomía radical entre lo que Touraine denomina como política de los partidos y política de los movimientos no supone otra cosa que «el comienzo de la reconstrucción de la vida política» (39).

Reconstrucción que pasa por los chapoteos inevitables de movimientos que surgen y que pueden o bien crecer o bien perecer, aunque algunos puedan retornar posteriormente al camino de la acción social. Esta tarea no puede ser ajena al método de la intervención para determinar las potencialidades de las luchas emergentes para transformarse en auténticos movimientos sociales. Por lo tanto, su aparición no será un nuevo nacimiento de Venus, sino que «sería arbitrario oponer completamente la formación de nuevos movimientos sociales y la aparición de nuevos mecanismos de tratamiento institucional de los problemas sociales» (40).

(38) *Ibidem*, p. 36.

(39) *Ibidem*, p. 37.

(40) *Ibidem*, p. 37.

En la raíz de este confusionismo se encuentra la constatación sociológica de que «las sociedades capitalistas industriales no viven una crisis ni una contradicción, sino el tumultuoso y peligroso paso de un tipo de sociedad a otra en el mismo momento en que ellas pierden la hegemonía mundial que había facilitado su modernización desde hace varios siglos» (41).

Tal afirmación se basa en la existencia de parámetros indicadores del tránsito de la sociedad industrial a la sociedad programada, como los que hemos ido analizando. La elaboración de los mismos no resulta, como puede apreciarse, ni fácil ni cómoda. Debe establecerse sobre las propias señas de identidad de los fenómenos sociológicos que acompañan a ese «tumultuoso y peligroso paso de un tipo de sociedad a otra».

La aparición y la acción, a menudo confusas, de los nuevos movimientos sociales que pugnan por ocupar la plaza central dejada vacante por el movimiento obrero, rompe las viejas categorías de la lucha social en las sociedades industrializadas. Estos parámetros tienen, precisamente, como misión detectar los niveles alcanzados por el cambio social.

CONCLUSIÓN

El análisis del cambio social, al igual que el análisis de otros fenómenos sociológicos —en especial las políticas sociales—, ha de permitir a aquellos que estén interesados en la intervención socioeducativa sobrepasar los límites del inmediatismo, ayudándoles a situar contextualmente el sentido y la orientación de su acción.

Los elementos de análisis y reflexión que constituyen este trabajo no son, en definitiva, otra cosa que una aproximación incitativa para todos los que pretenden dar carta de naturaleza y consolidar la teoría y la praxis de la *acción social*.

Para concluir, indicaremos una posible alternativa al devenir de la intervención social y cultural, siguiendo la ofertada por A. Touraine:

«Debemos preguntarnos por las instituciones que... conseguirán crear los nuevos movimientos sociales y debemos buscar en los diferentes modos de trabajo social algo distinto a un instrumento de control o de marginación de la desviación, el embrión de nuevas instituciones donde la escucha, el consejo, la creación de un espacio autónomo ayudarán a la reivindicación y a la contestación a reforzarse y a politizarse en vez de ser aplastadas por la represión o destruidas por el fideísmo» (42).

(41) *Ibidem*, pp. 37-38.

(42) *Ibidem*, p. 37.